

to se entró sin ceremonia en el palacio hasta la presencia de Motecuhzoma, ante quien se humilló é hizo cumplida relacion del suceso; escuchóle atentamente el monarca y como recordara que la noche anterior, había soñado que un villano le quemaba, se descubrió el muslo en donde halló las señales del fuego, acometiéndole un intenso dolor. Motecuhzoma sin hacer la menor pregunta al labrador, llamó al Petlacatli y le dijo: "Coge á este borracho, llévale á la cárcel y déjale morir de hambre." Cuando regresó el mayordomo le habló el emperador: "En realidad que sufro del muslo: probablemente el pícaro que me trajo el imprudente mensaje es encantador ó brujo; que muera, sea quien fuere quien le envió." Se retiró al palacio de Aticpan pidiendo con insistencia remedio á su dolor, y cuando llevaron una raíz al intento sus mujeres le curaron, poniéndose sano cuatro días despues." (1)

Esta fábula, más bien hermoso apólogo, presenta los caracteres de su origen azteca. Fué compuesto para motejar á Motecuhzoma su excesivo orgullo, su descuido en los negocios públicos, su apatía en conjurar los males que amenazaban al país: lección al principio, el público la adoptó despues como verdad, á no ser que de cierto fuera un consejo dado por algun campesino, quien tuvo trágico fin por atreverse á aquella majestad irritable. En el ángulo exterior del átrio de San Hipólito, existe sobre piedra un bajorelieve de regular ejecucion representando un trofeo mexicano y en la parte superior un aztecatl arrebatado por un águila, lo cual es recuerdo de esta leyenda.

XII calli 1517. Texcoco había permanecido sin rey: Ixtlilxochitl andaba en armas, Cacama permanecía refugiado en Tenochtitlan; Coanacochtzin, partidario del electo, mantenía la ciudad en obediencia del legítimo soberano. A principios de este año, Cacama dejó á México y vino á Texcoco apoyado por fuerzas imperiales, al mando de Cuitlahuac señor de Itzamalapan y hermano de Motecuhzoma: recibido con agrado por la nobleza y los macehuales, fué reconocido por señor de Acolhuacan, procediendo á determinar la jura solemne, dando el ejemplo para ello el infante Coanacoch. (2)

Al rumor de los preparativos, Ixtlilxochitl al frente de un poder

(1) Duran, cap. LXVII.—Tezozomoc, cap. ciento tres. MS.

(2) Torquemada, lib. II, cap. LXXXIV.

roso ejército de los rebeldes se adelantó hasta Tollantzinco; la provincia de Tepepolco, se le sometió de buen grado y avanzó hasta la de Otompa pidiendo se le rindiese. El señor de aquel lugar era partidario de Cacama, por lo cual rechazó las proposiciones que le hicieron; siguióse una récia batalla en que aquel guerrero fiel perdió la vida, apoderándose Ixtlilxochitl de Otompa con toda la provincia. A la noticia de aquel descalabro, quedaron suspensas las fiestas de la coronacion; los señores méxica se tornaron á su ciudad; Cacama y Coanacoch alzaron gente, fortificaron á Texcoco, la pertrecharon, permaneciendo encerrados en espera de ser acometidos. Ixtlilxochitl, sin intentar nada contra sus hermanos, hizo diversas correrías por territorio de México, teniendo lugar escaramuzas de poca importancia: repetidas veces el belicoso jóven retó al emperador á combate singular, sin obtener repuesta alguna. El empeño le tomó por su cuenta un famoso capitán de Itzamalapan llamado Xuchitl, quien ofreció á Motecuhzoma traer cautivo al príncipe rebelde: al efecto pusieron á sus órdenes un ejército, con el cual marchó al encuentro de Ixtlilxochitl, retándole á combatir cuerpo á cuerpo; aceptado el empeño, tuvo lugar á la vista de ámbos campos, siendo tan feliz el mancebo príncipe, que á pocos golpes venció á Xuchitl, le ató de piés y manos y le quemó vivo en una hoguera de carrizos. (1) Aquel inesperado desenlace dió gran reputacion á Ixtlilxochitl, sin que el apocado Motecuhzoma hiciera esfuerzos por vengar el descalabro.

La revuelta promovida por Ixtlilxochitl, no sólo había traído el resultado de fraccionar el reino de Acolhuacan, sino que conmovía de una manera profunda á cuantos estaban mal avenidos con el imperio tenochca. Los independientes tlaxcalteca le ofrecían ayuda; los cuexteca prometieron tomar las armas á la primera señal; los totonaca se armaban para recobrar su libertad; pusiéronse los otomfes en abierta insurreccion; así los pueblos del Norte del valle y algunos de los riberanos, sólo esperaban la señal para arrojar-se sobre Tenochtitlan. El imperio se iba minando por los cimientos.

Calculando que Motecuhzoma aún tenía fuerzas sobradas para destruir á su enemigo y que el orgullo le debía llevar á tomar venganza de las afrentas, la inaccion en que permanecía respecto de

(1) Torquemada, lib. II, cap. LXXXV.—Ixtlilxochitl, cap. 76. MS.

aquella guerra, nos hace conjeturar, que aquel monarca dejaba que Cacama fuera destruido, para caer despues sobre el vencedor, quitarle el reino y apoderarse de Acolhuacan, pues para entónces habría perecido la familia real legítima: esto al ménos iba conforme con sus planes. Ixtlilxochitl en lugar de emprender contra Texcoco, mantúvose quieto en sus posiciones, admitiendo y tratando bien á los mercaderes y tratantes que iban á sus tierras, recibiendo con halago á los nobles que á su campo pasaban. Esta conducta y el que los tenochca no se decidieran á poner término á la guerra mandando sus ejércitos á campaña, determinaron á Cacama y á Coanacochtzin á entrar en tratos con su hermano. Al efecto enviaron por embajadores unos nobles sus deudos cercanos, muy respetados por Ixtlilxochitl, encargados de concertar una medida para poner término á la guerra civil: Ixtlilxochitl recibió amorosamente á los nobles, respondiéndoles, hiciesen sus hermanos cuanto quisiesen, pues para ello eran libres; había tomado las armas para oponerse á los disignios de Motecuhzoma, quien pretendía apoderarse del reino, y para vengar las injurias y afrentas que este déspota había hecho á Nezahualpilli su padre; que se guardasen de las asechanzas del astuto emperador, y que hiciesen cuanto quisiesen, pues si ahora se dividía el reino, de nuevo se reuniría en la persona que por valor le mereciese. De aquí quedó determinado que Cacama sería reconocido rey de las llanuras y provincias australes de Acolhuacan, mientras Ixtlilxochitl sería tenido por rey de las montañas y provincias boreales, sin reconocer liga ninguna con México; para recompensar á Coanacochtzin, recibiría los tributos de treinta y tres poblaciones de las sujetas á Cacama. (1) Tal fué el célebre tratado por el cual quedó dividido el reino de Acolhuacan, rota la unidad buscada desde los tiempos de Itzcoatl, desbaratados los conciertos de la triple alianza, aflojados los vínculos de subordinacion en el imperio. Los manejos vacilantes, insidiosos y torpes de Motecuhzoma, en lugar de darle el resultado de poner en sus manos el absoluto señorío, le trajeron menosprecio y descrédito para su persona, la pérdida de muchos de los señoríos del valle.

Con motivo de la guerra religiosa y de las guarniciones puestas en el territorio de Huexotzinco, hubo repetidos encuentros contra

(1) Torquemada, lib. II, cap. LXXXVI.—Ixtlilxochitl, cap. 76. MS.

los tlaxcalteca; en una batalla dada en las fronteras de la república, los tenochca perdieron tres mil doscientos hombres y muchos bravos capitanes. (1) Los aliados marcharon contra Mazatzintla, poblacion que se había puesto del lado de Ixtlilxochitl, la vencieron, destruyéndola y tomando un gran botin de paso saquearon á Zacatepec. (2)

El ejército unido, para recoger prisioneros que ofrecer á los dioses, se dirigió contra Mictlantzinco y Xaltzianquico, logrando algunos despojos. (3)

La tempestad formada años hacia, se había acercado poco á poco y ahora estaba próxima á estallar. La gran catástrofe presentida por los pueblos iba á tener su cumplimiento. Triste era la condicion de Anáhuac al descargar el azote. Las provincias, comenzando por las más cercanas á la capital para concluir por las más distantes fueron sojuzgadas las unas sin combatir, rendidas por el miedo, las otras despues de una lucha sangrienta, siempre costosa. La violencia, elemento exclusivo en aquella conquista, nunca establece sólidas relaciones y amistosas entre vencedores y vencidos; las naciones arrastradas de esta manera á sufrir el yugo, le llevan con paciencia mientras son débiles, aprovechando la primera ocasion para recobrar la libertad. Los pueblos de la misma lengua, de idéntico origen ó filiacion etnográfica, estaban subdivididos en fracciones enemigas entre sí, separadas profundamente por recuerdos históricos, ó rivalidades de locales ó espíritu de provincialismo. Mayor y más enconada era la segregacion entre las tribus de lenguas extrañas, y como estas eran varias y á veces estaban separadas por grandes distancias, imposible era se fundieran en un sólo cuerpo. No tentan ni podían tener entre sí la comunidad de ideas é intereses exigidos para formar una unidad, carecian de puntos de contacto, de lazos de union para constituirse en su nacion compacta y fuerte. El imperio, á pesar de su inmensa extension y del considerable número de sus habitantes, era débil contra cualquier fuerza perturbadora que en él se introdujese; las naciones, las tribus, los

(1) Los Códices Vaticano y Telleriano Remense, anotan en este año la guerra contra Tlaxcalla: falta el comentario.

(2) Torquemada, lib. II, cap. LXXXVII.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 76. MS.

pueblos, sólo estaban retenidos al centro por los odiosos vínculos de la servidumbre.

Si de los pueblos pasamos á las monarquías, la de Tlacopan era casi nula y estaba subordinada á México; pero los tepaneca y los mazahui guardaban en el corazon profundo rencor contra los méxica. La de Acolhuacan estaba dividida y trabajada por la guerra civil; de los monarcas, el uno era jóven inexperto entregado en cuerpo y alma á Motecuhzoma, el otro era un mancebo ambicioso y audáz, que adoptaría los medios más reprobados para dar contento á sus pasiones. Tenochtitlan estaba determinada por la isla que le servía de asiento; aunque por la violencia se había extendido más y más, fuera del pequeño recinto de la isla, no contaba con gentes de su tribu, ni siquiera con sinpattas; ódio sordo y enconado le profesaban los vencidos. Dentro de su territorio estaba Tlaxcalla encarnizados enemigos políticos y religiosos; Cholollan, Huexotzinco y Atlixco contrarios declarados siempre, amigos solapados algunas veces, de los cuales sólo podían aguardarse traiciones atendido su carácter pérfido. Cuextlan ó el territorio del Huastecapan, nominalmente vencido, peleaba constantemente por su libertad; los serranos y broncos otomies, llevaban de nombre el yugo azteca, se insurreccionaban de continuo, y á la sazón seguían la bandera de Ixtlilxochitl; los mixteca y tzapoteca estaban en constante inquietud. Yopitzinco, Metztitlan y Michhuacan eran enemigos constantes. En realidad, caso de un conflicto, el imperio quedaba reducido á la capital de la isla con algunas ciudades de los lagos.

Sin duda que entre las causas que facilitaron el vencimiento de aquellas naciones deben enumerarse, la superioridad de las armas ofensivas y defensivas de los invasores, el empuje de la caballería, la supremacía de la táctica europea, el temple moral del jefe de los castellanos, las ventajas sin cuento de la civilización más adelantada; pero mucho más que todo punto, influyó el principio religioso, la superstición de los americanos. Era la creencia comun, santificada por el dogma, de que los descendientes de Quetzalcoatl, los hombres blancos y barbudos, aparecerían alguna vez, llegando por el Oriente, creían en esta profecía los pueblos sin distinción de raza, era artículo de fé para todos los sectarios de las diversas congregaciones politeistas. Así, cuando por Oriente aparecieron los hombres blancos y barbados, nadie puso en duda el cumplimiento de los

tiempos; todos se creyeron obligados á reverenciar y servir á los hijos del dios, dioses por su prosapia, seres sobrenaturales de quienes los reyes de la tierra eran simples tenientes y á los cuales debía ser devuelto el poder guardado hasta entónces en depósito. Con semejantes convicciones, aquellos pueblos supersticiosos estaban ya vencidos; ni qué ánimo pudiera quedarles para defenderse teniendo que combatir contra divinidades armadas del rayo y contra la inexorable sentencia de los hados. Fué preciso que los castellanos cargaran la mano en los excesos, dando rienda suelta á las malas pasiones, para que llegaran á perder su prestigio divino.

Para aquellas circunstancias difíciles, ninguno ménos á propósito que el malhadado Motecuhzoma. Las partes más salientes de su carácter las constituyen los dos vicios más ingratos de la humanidad, el orgullo y la superstición. Al subir al trono se entregó á la guerra, mostrando el ánimo belicoso de sus mayores, desplegando algunas virtudes que le hicieron amado de sus súbditos: desvanecido pronto al estar en lo muy alto, hizo á un lado su fingida humildad, y tanto y tanto soñó grande, que se figuró hombrar con los dioses. Cambió su gobierno en el más absurdo de los despotismos; convirtió la justicia en los antojos caprichosos y desordenados de su espíritu receloso; sus larguezas con artistas y soldados agotaron las rentas públicas, sacadas de excesivos tributos cobrados con odiosas exacciones. Brotaron por todas partes signos de descontento, reprimido con tan cruel severidad, que si produjo terror, no fué parte á ganar el amor de los vasallos.

Abandonó en seguida á sus generales los cuidados de la guerra, por lo cual se rebajó en el concepto de su pueblo. Se entregó á las prácticas religiosas con fervor ascético; el culto absorbió sus pensamientos; se encenagó en una superstición absurda, pueril, estúpida. No era rey, que era sacerdote, y sacerdote que al humillarse delante de las divinidades, se creía de la misma talla que ellos. Creyendo ciegamente en las profecías de Quetzalcoatl, como pontífice no era otra cosa que el servidor del dios; como monarca sólo era un teniente, gozaba de poder prestado, que debía devolver al dueño legítimo: bajo entrambas consideraciones, al llegar por Oriente los hombres blancos y barbados, estaba terminado su señorío, debía descender del trono: así estaba escrito.

Pero la convicción religiosa del ministro luchaba contra el orgu-

llo del déspota. En su ánimo indeciso no sabía, si resignar el mando ó defender el trono ganado por sus abuelos. Vacilaba, entre el deber que tenía que cumplir, y la vergüenza de bajar al polvo. Sin voluntad firme, pasaba de la angustia de flaca mujer que llora y gime, á la ciega confianza de un insensato. Era un menguado. Si se creía dios, debió combatir contra los dioses, encarar poder á poder, agotar los recursos de su divinidad, contrarestar á las estrellas y á los hados. Si, como pensaba, era el señor y dueño de la tierra, del cielo y del infierno, aconsejado por el temple varonil del guerrero debió defenderse de los invasores con las armas en la mano, combatir con brío, si no para triunfar, para morir con gloria. No le pasó por las mientes, caso que el sino nó pudiera ser contrareestado, esperarle con faz serena, desplegar la confianza tranquila y estoica que los guerreros indios saben mostrar en los crueles tormentos que sus enemigos les aplican. Ante los embates de la fortuna se doblegó como frágil caña; ante la desgracia quedó fascinado como el pájaro ante la boca de una serpiente; el orgulloso, el omnipotente, el dios, perdió la energía, bajose él mismo de su alta dignidad, tornándose débil, cobarde y aun villano.

**FIN DEL TOMO TERCERO.**

**ÍNDICE.**

**LIBRO SEGUNDO.**

	PÁGS.
<b>CAPÍTULO I, Tiempos oscuros, pueblos sin historia—Cosmogonía de los mexicana, Mitos astronómicos, religiosos y sociales, Los quiname, Su destruccion, Ulmecca, tzapoteca y xicalama, Tamoanchan, Los cuexteca, Teotihuacan, Pirámides, Orden asignado á las razas en los tiempos prehistóricos..</b>	5
<b>CAPÍTULO II, Los tolteca.—Cronología tolteca, Itinerario Discussion, Nombre, Vestidos, Culto de los astros, Religion, Sacrificios, Sacerdotes, Gobierno, Reyes, Agricultura, Artes, Medicina, Arquitectura, Astronomía, Escritura, Ultima faz de la civilizacion primitiva en Anáhuac, Chichimeca, Chicomoztoc, Señorío de Cuauhtitlan, Teoculhuacan, Culhuacan y los culhua, Ocuilteca, Chololteca, Chalca, Xochimilca, Huexotzinca, Tlathuica, Matlatzinca.....</b>	20